El vuelo del avión

Axier Lopez
Padre adoptivo desde 2017
Origen de la hija, China

El avión despegó del aeropuerto de Pekín. Al ver a nuestra hija dormida en el regazo de su madre, sentí que nuestra vida cambiaría para siempre.

Había soñado muchas veces con ese momento. Habíamos leído y firmado un montón de documentos, pasado diversas valoraciones y acudido a sesiones de información y preparación. Y habíamos afrontado una larga espera.

Recuerdo el día que nos vimos por primera vez. Sus ojos mostraban nerviosismo, miedo. Quizá buscaban protección. Los nuestros, en cambio, reflejaban una gran alegría. Pero también responsabilidad y temor. Aquella tarde en la que regresamos al hotel con nuestra hija no sabíamos qué hacer. Le dimos galletas, e intentamos jugar con los juguetes que le habíamos dado, pero aún no había confianza entre nosotros.

Pero después de aquella larga noche, todo cambió. Cogí a la niña en el regazo y le di el biberón. En aquel momento, los tres nos dimos cuenta de que la conexión estaba hecha. Para siempre. A partir de entonces, nosotros seríamos su refugio.

En aquel momento, pensé en todo lo que ella dejaría atrás: su lugar de nacimiento, las personas que la habían cuidado, la cultura del país, la lengua. Y, como padre, sentí y entendí la responsabilidad de mantener el puente con su origen.

Cuando pronunció sus primeras palabras, ¿qué estaría diciendo? Hoy habla un euskera maravilloso y entendemos todo lo que dice

Pero sobre todo miré al futuro, pensando en todo lo que viviríamos y aprenderíamos juntos, de la mano. Ahora recuerdo cómo explorábamos cogidos de la mano y, de vez en cuando, ella tropezaba. ¡Qué sonrisa más hermosa en su rostro! Cuando pronunció sus primeras palabras, ¿qué estaría diciendo? Hoy habla un euskera maravilloso y entendemos todo lo que dice.

Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de Madrid y regresamos a casa, empezamos el día a día, con ilusión, de la manera que tantas veces habíamos soñado: preparar el desayuno, jugar en el suelo… una labor llena de experimentos y hallazgos. Los rinconcitos de la casa, su calidez, los ruidos de la calle, nuevos amiguitos, los pasos para adaptarse a su nuevo ambiente en la ikastola.

Pero también hay y habrá momentos difíciles. Por ejemplo, cuando se despierta llorando por las noches y no sabes qué necesita, cómo consolarla. La abrazas, le dices cosas bonitas al oído… No sé en qué medida me entiende, pero siento cómo se calma cuando deja reposar su cabeza sobre mi pecho.

Como padre, intento mantener el puente con su origen, en la medida que podemos, y somos conscientes de que algún día querrá saber más sobre él, que nos preguntará por su historia, que tendrá curiosidad por todo lo que sucedió antes de que nuestros caminos se cruzaran. Y estaremos listos para ayudarla desde el amor y la sinceridad en esa conversación. Le hablaremos con confianza del camino recorrido desde que nos conocimos, de los avances, y también de las dificultades que hemos superado juntos. Pero, asimismo, habrá lagunas en la parte de su historia anterior a que nos conociera. Quizá nunca podamos completarla totalmente, pero también en ese camino nos tendrá como compañeros de viaje.

A menudo miro al futuro. Querría verla crecer saludable y alegre. Amiga de sus amigos y amigas, cómoda en la escuela, querida en la comunidad… Sé, no obstante, que encontraremos dificultades en el camino, unas pequeñas y otras más grandes. Estoy convencido de que las superaremos juntos. Para ello, estamos construyendo un ambiente adecuado: en la familia, entre amigos y amigas, en la ikastola, en las actividades deportivas y en la asociación de familias adoptivas.

La adopción no borra el pasado de un niño o una niña, pero abre una nueva oportunidad. Una nueva oportunidad de vivir en una familia, con el derecho de la persona menor como base.

Ocho años después, lo tengo más claro que nunca: yo soy su padre y ella es mi hija.

